

**Kafka**

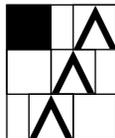
# DÚO

un escritor & un artista

Kafka

&

Robert    David Zane  
**CRUMB    MAIROWITZ**



**la marca**  
editora

Mairowitz, David Zane

Kafka / David Zane Mairowitz ; ilustrado por Robert Crumb. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : la marca editora, 2018.

184 p. : il. ; 23 x 15 cm. - (Dúo)

Traducción de: Leandro Wolfson.

ISBN 978-950-889-305-5

1. Biografía. I. Crumb, Robert, ilus. II. Wolfson, Leandro, trad. III. Título.

CDD 920.71

## *Kafka*

Robert Crumb y David Zane Mairowitz

© de la edición: la marca editora, 2018

© de las ilustraciones: Robert Crumb, 1993

© de los textos: David Zane Mairowitz, 1993

la marca editora  
www.lamarcaeditora.com  
(54 11) 4372-4957  
Pasaje Rivarola 115 (1015)  
Buenos Aires, Argentina

Distribuye  
Asunto Impreso  
www.asuntoimpreso.com

Título original: *Kafka*  
Traducción: Leandro Wolfson  
Ilustraciones: Robert Crumb  
Edición: Guido Indij  
Diseño de tapa: Victoria Villalba  
Armado: Mariel Mambretti

ISBN: 978-950-889-305-5  
Impreso en China. *Printed in China*  
Libro de edición argentina  
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste mecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright

**L**a imagen de un enorme cuchillo de carnicero cortándome, con toda destreza y regularidad mecánica, en finas rebanadas que volaban en todas direcciones debido a la velocidad de la tarea”.



Durante la mayor parte de su vida, Franz Kafka imaginó decenas de métodos cuidadosamente elaborados para su propia extinción. Los que describe en sus diarios, entre sus mundanas dolencias de constipación y migraña, suelen ser los más impresionantes.



“QUE ME INTRO-  
DUZCAN EN  
UNA CASA POR LA  
VENTANA DE LA  
PLANTA BAJA  
ARRASTRÁNDOME  
CON UNA SOGA  
ATADA AL CUELLO,  
Y LUEGO ME ELEVEN  
DE UN TIRÓN,  
ENSANGRENTADO  
Y MUTILADO, COMO  
SI LA PERSONA  
QUE LO HICIERA  
NO PRESTARA  
ATENCIÓN NI TUVIERA  
CONSIDERACIÓN  
ALGUNA, Y ME  
HAGAN ATRAVESAR  
TODOS LOS TECHOS,  
MUEBLES, MUROS Y  
BUHARDILLAS, HASTA  
QUE LAS ÚLTIMAS  
HILACHAS DE MÍ  
CAIGAN DEL LAZO  
VACÍO CUANDO ÉSTE  
ATRAVIESE EL  
TEJADO Y SE DETENGA  
FINALMENTE SOBRE  
EL TECHO”.



Kafka logró exteriorizar ese terror interior –en cuyo centro se hallaba él, desecho y mutilado–, evocándolo a veces de un modo encantador, en forma de narraciones. No tenía una cosmovisión discernible, que se haya reflejado en su obra, ni una filosofía orientadora, sino sólo esos sorprendentes relatos que extraía de su clima reconocible, misterioso y difícil de señalar con precisión, que permitió que los “carniceros” de la cultura moderna lo convirtieran en un adjetivo.



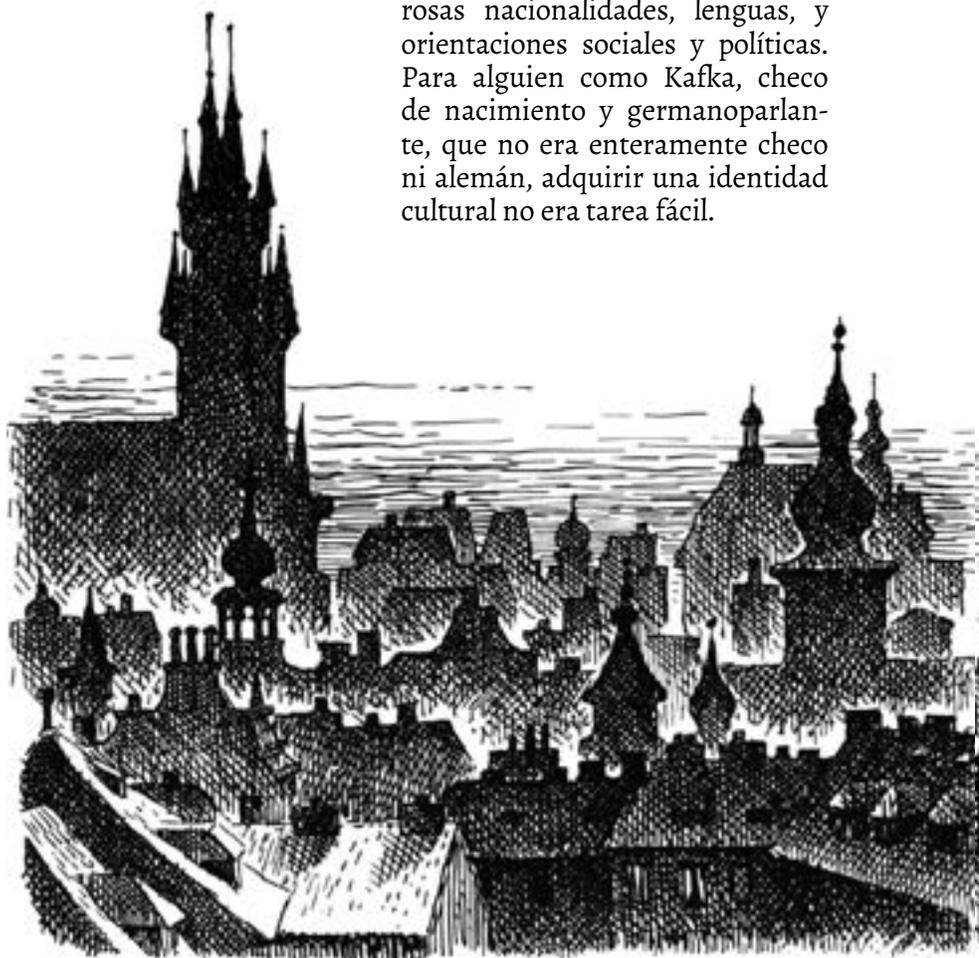
Ningún escritor de nuestra era, y quizás ninguno desde Shakespeare, fue tan sobreinterpretado y encasillado. Jean-Paul Sartre se lo apropió para el existencialismo; Camus lo consideraba un absurdista; su editor y amigo de toda la vida, Max Brod, convenció a varias generaciones de estudiosos de que sus parábolas eran parte de la elaborada búsqueda de un dios inalcanzable.

Sus novelas *El proceso* y *El castillo* tratan de la imposibilidad de acceder a la autoridad máxima, y es por eso que el término “kafkiano” se asocia con la infraestructura burocrática anónima que el eficiente imperio austro-húngaro dejó como legado al mundo occidental.

De todos modos, es un adjetivo que, en nuestra época, adquiere proporciones casi míticas, irrevocablemente ligado a fantasías de condena y tenebrosidad, ignorando la intrincada broma judía que se forja a través de la mayor parte de la obra de Kafka.

Antes de pasar a ser un adjetivo, Franz Kafka (1883-1924) fue un judío de Praga, nacido en la inveterada tradición judía de cuentistas, aficionados a las fantasías, habitantes de guetos y eternos refugiados. Su Praga, “una pequeña madre con garras”, lo sofocaba, pero, de todos modos, allí eligió vivir toda su vida, a excepción de los últimos ocho meses.

En 1883, año del nacimiento de Kafka, Praga aún formaba parte del imperio de los Habsburgo en Bohemia, donde se mezclaban y convivían, para bien o para mal, numerosas nacionalidades, lenguas, y orientaciones sociales y políticas. Para alguien como Kafka, checo de nacimiento y germanoparlante, que no era enteramente checo ni alemán, adquirir una identidad cultural no era tarea fácil.



No es necesario aclarar que para un judío, la vida en un medio como aquél, era un delicado acto de equilibrio. Se identificaba sobre todo con la cultura alemana, pero vivía entre checos. Hablaba alemán porque se asemejaba al yídish y era el idioma oficial del imperio. El nacionalismo checo se oponía cada vez más al dominio alemán, y los alemanes solían tratar a los checos con desprecio. Y, por supuesto, todos odiaban a los judíos.

Incluso, como era de esperar, muchos judíos “asimilados”, como el padre de Kafka, no querían que sus primos pobres de Polonia o Rusia, los “Ostjuden”, les recordaran su condición de forasteros. Muchos de los judíos de buena posición económica se volvieron más tarde sionistas y aprendieron hebreo, rechazando el yídish por considerarla una lengua bastarda.

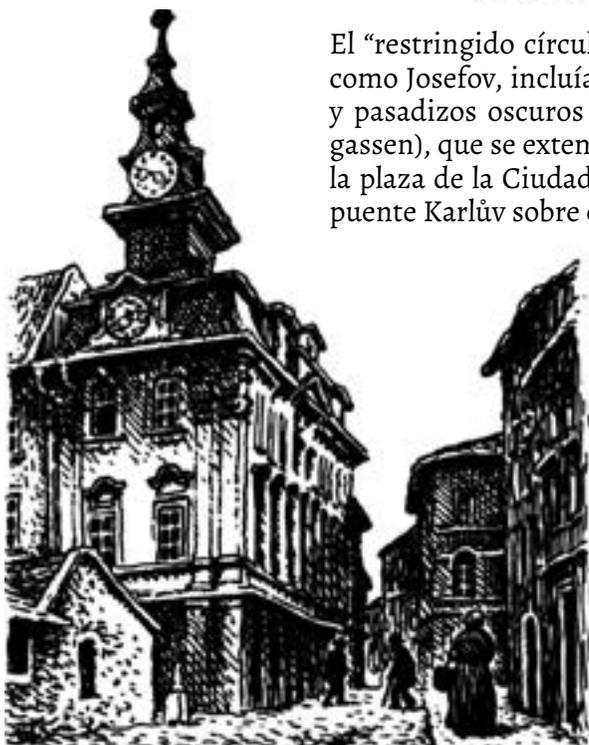
El movimiento sionista, fundado en 1897 por Theodor Herzl, sostenía que los judíos, dispersos por todo el planeta, debían restablecer su hogar en Palestina. En medio de numerosos movimientos nacionalistas y de un antisemitismo desenfrenado, el sionismo de las primeras épocas desempeñó un papel esencialmente protector que atrajo a muchos contemporáneos de Kafka.



Estas luchas dentro de la comunidad judía eran moneda corriente para el joven Kafka, que creció en uno de los guetos más antiguos de Europa.



El “restringido círculo” de Kafka, conocido como Josefov, incluía un conjunto de calles y pasadizos oscuros y laberínticos (Judengassen), que se extendían desde el borde de la plaza de la Ciudad Vieja hasta el famoso puente Karlův sobre el río Vltava (Moldau).

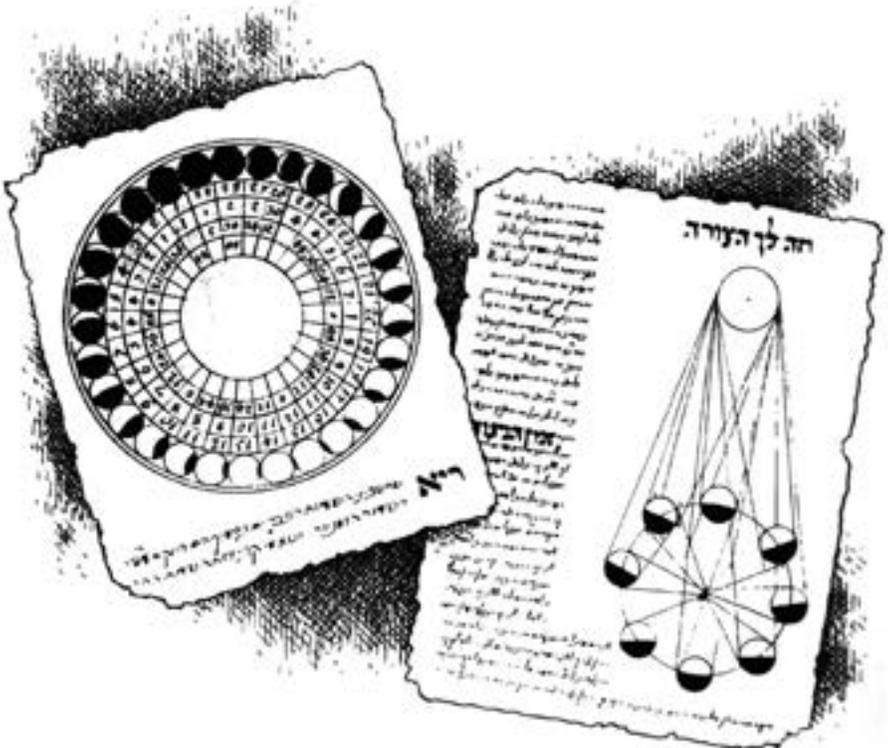


Durante los años de juventud de Kafka, había seis sinagogas en esta zona superpoblada, y edificios barrocos de gran belleza miraban hacia los barrios pobres infestados de ratas.

Cuando caminaba por esas calles, bajo sus pies se hallaban los huesos y espíritus de siete siglos de místicos judíos, eruditos del jasidismo, cabalistas secretos, astrónomos, astrólogos, rabinos locos y otros visionarios que, en aquella época, no solían tener el derecho de vivir fuera del gueto ni de salir de él.



Esta Praga contaba con sus propios santos de Talmud, ninguno más conocido ni venerado que el rabino Judah Loew ben Bezalel (1512-1609), el “Maharal” (término que significa “el maestro y rabino más venerado”), que fue el sabio y líder espiritual más importante de fines del siglo XVI. Loew, filósofo, astrónomo, estudioso de la ciencia natural, astrólogo, era la imagen misma del humanista del Renacimiento.



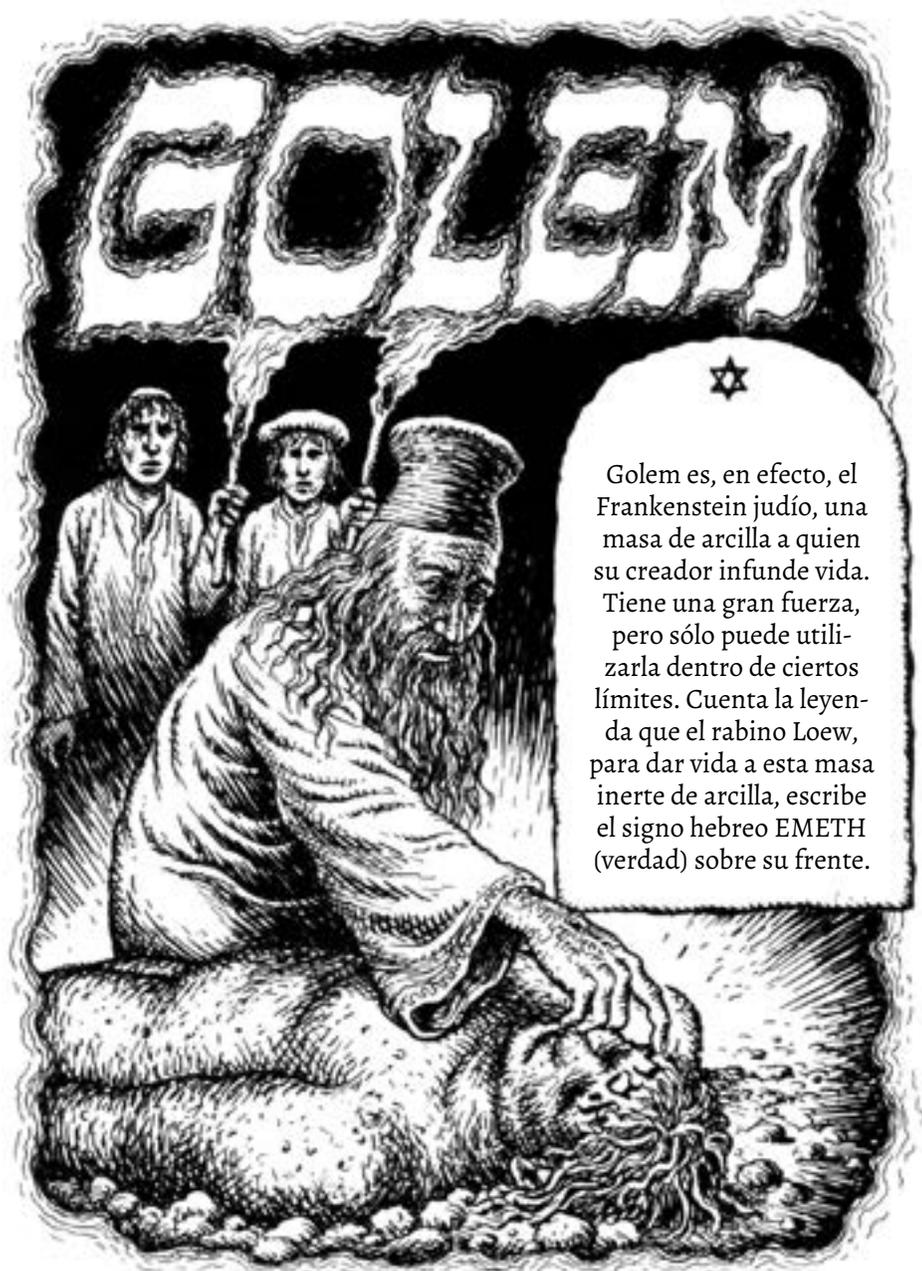


## ביאור

El Maharal sostenía dos principios contradictorios que intentaba conciliar: existía un poder "horizontal" o "humano" en forma de ciencia, creatividad, tolerancia y duda, frente al poder "vertical" y absoluto de Dios, que reducía al hombre al polvo y la insignificancia. Al ser un erudito judío, los interrogantes que planteaba acerca de esta contradicción sólo podían conducir al planteo de otros interrogantes. En esto consiste la sabiduría judía.

También se dice por lo bajo que el Maharal jugaba con frutos prohibidos, como los textos secretos de la Cábala, que constituyen la esencia del misticismo judío, y cuyos significados son sobre todo simbólicos y sólo accesibles tras muchos años de estudio. En la Cábala, las letras del alfabeto hebreo están imbuidas de poderes mágicos. Según Gershom Scholem, experto en cabalismo, tales impulsos místicos prácticamente han desaparecido, "pero aún conservan una enorme fuerza en los libros de Franz Kafka".

Estas escrituras prohibidas figuran en las más famosas leyendas de Praga, una de las cuales se asocia –acertada o erróneamente– con el rabino Loew...

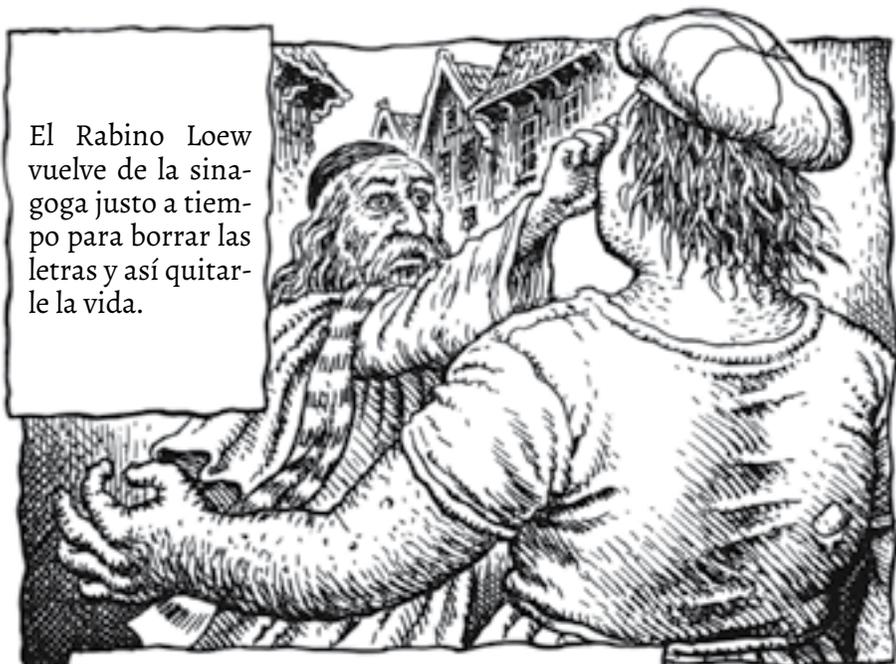


Golem es, en efecto, el Frankenstein judío, una masa de arcilla a quien su creador infunde vida. Tiene una gran fuerza, pero sólo puede utilizarla dentro de ciertos límites. Cuenta la leyenda que el rabino Loew, para dar vida a esta masa inerte de arcilla, escribe el signo hebreo EMETH (verdad) sobre su frente.

Golem se convierte entonces en una especie de sirviente y protector del gueto. Por supuesto, no tiene permitido trabajar el Sabbath, por lo que el rabino debe, cada viernes por la noche, borrar la primera letra, Álef, y dejar Mem y Taw que juntas en hebreo forman METH (muerte). Así, el sábado que el Maharal olvida borrar la primera letra...



El Rabino Loew vuelve de la sinagoga justo a tiempo para borrar las letras y así quitarle la vida.



El Golem se desploma en el suelo. Se vuelve frágil, comienza a desintegrarse y se convierte en lo que había sido antes de que el Rabino Loew le asignara la misión de proteger a la comunidad judía.



Loew dijo a su yerno y a su alumno,  
con quienes había creado al Golem:

"NO OLVIDEN ESTO  
QUE HA SUCEDIDO. QUE SEA  
PARA USTEDES UNA LECCIÓN.  
HASTA EL GOLEM MÁS  
PERFECTO, CREADO PARA  
PROTEGERNOS, PUEDE CONVER-  
TIRSE FÁCILMENTE EN UNA  
FUERZA DESTRUCTIVA. POR LO  
TANTO, DEBEMOS TRATAR CON  
MUCHO CUIDADO AQUELLO QUE  
ES FUERTE, ASÍ COMO NOS  
INCLINAMOS CON BONDAD Y  
PACIENCIA ANTE AQUELLO  
QUE ES DÉBIL. TODO TIENE  
SU TIEMPO Y SU LUGAR"



Éste no fue el final del Golem. Cuenta la historia que sus restos fueron depositados en el desván de la sinagoga Altneu (Vieja-Nueva), uno de los edificios más siniestros del gueto de Praga, donde supuestamente yace hasta hoy la criatura sin vida en una habitación cuya entrada está sellada para siempre.

Kafka —que nunca fue un judío practicante o religioso y que muy pocas veces hacía mención de las leyendas del gueto— jamás habría podido eludir las huellas fantásticas que estas leyendas grababan en la memoria social de un niño judío de aquella época y lugar.



No obstante, a pesar de las connotaciones del adjetivo, no fue Kafka quien dio al gueto su reputación literaria “siniestra”, sino Gustav Meyrink, que no residía en el gueto ni era judío. La melodramática y mediocre novela de Meyrink, *The Golem* (1913) trata sobre asesinatos e intrigas, pasadizos oscuros y mohosos, donde el Golem es una figura terrorífica que aparece cada 33 años. “Acechar y esperar... Esperar y acechar... El terrible y eterno lema del gueto”.

Pero lo que Meyrink también registró fue la demolición de parte del gueto en 1906, algo que el mismo Kafka vivió.



Para Meyrink, el gueto de Praga había sido “un submundo demoníaco, un lugar lleno de angustia, un barrio miserable y fantasmagórico cuya tenebrosidad parecía haber provocado su desmoralización”.

Pero cuando se puso en marcha el plan “sanitario” de demolición, muchos de los judíos más pobres se negaron a partir. En cuanto se tiraron abajo los muros, levantaron alambradas en su lugar.



Kafka, más tarde, llamaría al gueto “mi prisión, mi fortaleza”.

